

*Viviendo las Guerras: Una mujer salvadoreña cuenta su historia del
diablo y Dios, de angustia y esperanza*

CAPÍTULO DE MUESTRA

1 - Guerrilleros llegaron a mi escuela

Nuestra vieja escuela en las afueras de San Salvador era antiguamente un gallinero. Allá en las colinas vivíamos en pequeñas casas de construcción rústica, unos en champas de láminas viejas y tierra, y otros en mesones populares de adobe y cartón. El nuevo director decidió que todos los alumnos de sexto y séptimo grado debíamos convertirnos en guerrilleros revolucionarios.

Darío Rodríguez era bajito y regordete. Por eso le llamábamos el “director Sapo”. Había aparecido de la nada hacía poco, y nos dimos cuenta de que no era como nosotros. Pertenecía a la clase media, siempre con su camisa de vestir blanca con manga corta, pantalón de vestir negro, y zapatos negros brillantes. Siempre impecable. Pero, tenía un quizás tic nervioso. Cada vez que hablaba, doblaba el cuello al lado izquierdo y tiraba sus hombros hacia atrás. El director Sapo era bastante amanerado para hablar y muy afeminado en sus modales y acciones. Su actitud era lo que llamábamos amantequillado, un poco untuoso. Él se esforzaba por siempre ser amable con todos. Excepcionalmente amable. Pero nosotros vimos quien era.

Yo era solo uno de los niños, desafortunadamente repitiendo el sexto grado. A los doce años, era más joven y mucho más pequeña que los otros treinta niños y niñas de mi clase. Mi antigua maestra me había reprobado el año anterior, pero no sabía por qué. La señora Villareal simplemente me había dicho, “Milagros, eres una niña tonta que no presta atención”.

Una tarde de julio de 1978, los maestros nos sacaron los alumnos del sexto y séptimo grado al patio trasero de la pequeña escuela. (Octavo y noveno ya no obedecían órdenes del director, y muchos ya eran parte de la guerrilla salvadoreña.) Sólo los niños menores miraban detrás de la malla de gallinas y continuaron con sus clases. Esperábamos alguna presentación o evento, pero no. Fuimos sorprendidos al encontrarnos con un grupo de hombres extraños. Eran personas grandes con uniformes de guerra, armados. Algunos eran blancos y otros latinos. La piel de los blancos estaba quemada por el sol tropical. O tal vez habían intentado broncearse para estar a la moda; no estaba segura. Sus barbas y bigotes estaban descuidados, así que me parecían viejos, quizás de unos cuarenta y cinco años. Todos vestían uniformes verde oliva o de camuflaje, y cargaban pesadas mochilas. Sabíamos que eran guerrilleros porque todos llevaban calzado diferente, desde botas hasta zapatos de cuero fino, incluso tenis. Todos los soldados del ejército usaban las mismas botas pesadas.

De pronto apareció el director Sapo. “Deberíamos sentirnos afortunados de tener una visita de gente tan distinguida en nuestra escuela”, dijo.

En cierto modo también, nos sentíamos algo especiales cuando los guerrilleros se fijaron en niños como nosotros. Esperábamos que hubiera dulces o galletas en sus mochilas, porque siempre teníamos hambre. Pero sus mochilas no estaban llenas de golosinas para nosotros, solo armas y municiones. Los desconocidos llegaron a enseñarnos el arte de montar y cargar armas de guerra, desde pistolas hasta ametralladoras punto sesenta.

Mis brazos eran más flacos que el cañón del fusil que torpemente tome entre mis manos. Observando a los hombres, cada uno manejaba un arma “para perder el miedo”, explicaban. Era

tan fácil fusilar y así defender nuestros derechos y vengar así la sangre de los mártires, que al igual que nosotros habían pertenecido al Pueblo.

Estas visitas eran un secreto de la escuela. “¡Cuidado! ¡No se lo digas a mamá ni a papá!” De todas maneras, nunca pudimos hablar con nuestros padres. Trabajaban duro, pero nos mostraban poco interés o cariño. Su trabajo era darnos de comer. No les importaba cómo nos sentíamos por no tener nada que comer. Éramos niños de clase baja en América Latina y la pobreza trae la desintegración familiar. Así comienza la guerra, en los hogares. Cuando pienso en esos días ahora, me pregunto si los guerrilleros, al igual que el gobierno, habían estudiado nuestra cultura y se habían aprovechado de esta falta de comunicación.

Los hombres venían a entrenarnos dos tardes a la semana. Los blancos eran amables e intentaban platicar con nosotros en su español mal hablado. Creo que eran estadounidenses, aunque otros decían que probablemente eran rusos y asesores militares que llegaron a través de Cuba. Para mí, su aspecto y acento eran exóticos. “¡Qué guapos son!” Los recuerdo tan bien, nos reflejábamos en sus hermosos ojos azules o verdes. Nos acariciaban la cabeza con sus grandes manos. Nos preguntaban la edad, dónde vivíamos y cómo se llamaban nuestros padres. “Están interesados en mí”, pensé. Los blancos parecían tratarnos con cariño. Claro, yo era impresionable; apenas estaba entrando en la pubertad. Puede que sintieran lástima, pero no compasión.

Los guerrilleros latinos nos miraban con mucha frialdad. Pueden haber sido de Nicaragua. O tal vez eran salvadoreños que bajaron de las montañas de la Zona Oriental cerca de la frontera con Nicaragua. Muchos eran los únicos sobrevivientes de familias masacradas, así que se unían a la guerrilla para ganarse la vida. Tenían mucho odio en sus corazones hacia el ejército y los políticos del gobierno. Los guerrilleros latinos nos trataban como autómatas. Nunca

nos miraban con lástima. “Tienes que luchar para recuperar tu territorio”, decían. Pero cuando eres pobre, ¿qué puedes recuperar? Los blancos les decían a los latinos que nos trataran más humanamente.

De vez en cuando los hombres nos traían dulces o galletas. En esos días, nosotros niños hambrientos éramos felices. Decíamos: “Las penas con pan son buenas”. Mientras en clases la maestra nos insultaba, llamándonos hijos de la basura, estos hombres armados mostraban un poco de lástima al enseñarnos como matar. ¿Habían estudiado cómo asesinar el alma de un niño?

Una tarde nublada, los guerrilleros nos llevaron a un estrecho camino de tierra que a veces usaban los autobuses. Todos los salones, de primero a noveno, fuimos puesto en líneas en los dos extremos de la calle. Nos enseñaron a colocar miguelitos, tablas con clavos, para detener la marcha de los autobuses. Cuando los clavos tocan las llantas, ¡pum! Explotaban. Fue una pequeña reunión, y luego la columna guerrillera caminó en el centro de la calle, y nosotros junto con ellos a los lados. Éramos escudos humanos, las niñas y los niños por momentos caminando o corriendo siempre junto a los guerrilleros, hasta que llegamos a una zona boscosa. Sonreímos y platicamos con estos guerrilleros, y con toda la inocencia del mundo les mostramos donde vivíamos.

Los guerrilleros revolucionarios llegaron a nuestra escuela más de un año antes del inicio de la guerra civil. Pero ya estábamos acostumbrados a la violencia. Ahora, con la llegada de la guerra abierta, hubo cambios drásticos en nuestras vidas. En el campo, donde los medios de comunicación no podían llegar, ahí era mucho peor.

Vi los primeros cadáveres en segundo grado, muertos en el camino de regreso a casa de la escuela. Unos jóvenes que conocíamos siempre llevaron la harina a las panaderías del barrio. Un

día mientras bajando los costales de harina, los mataron y dejaron sus cuerpos ensangrentados en el suelo, llenos de tierra y harina. Quizás los mataron por querer ser parte de un sindicato, lo que era totalmente prohibido. Ese día los escuadrones de la muerte del gobierno dejaban un mensaje muy claro, una lección para todos nosotros niños.

Esos fueron los primeros de tantos cuerpos que vería. Luego esas escenas se volvieron rutina. Había cadáveres en las noticias de a diario, en el río, y en los autobuses. En nuestro distrito remoto, estábamos atrapados entre los guerrilleros de la izquierda, y los soldados del gobierno de derecha—incluso sus escuadrones de la muerte. Durante el día, la guerrilla nos entrenaba en la escuela. Por la noche, la policía en patrulla tenía la autoridad para reclutar jóvenes para el ejército. De pronto pareció que cumplir trece años se convirtió en un crimen. Ambos lados nos querían como guerreros. No sabíamos por qué luchábamos, pero teníamos que luchar. Si decías que no, cualquiera de los dos lados vendría por ti en la noche y te matarían.

Un día, llego a nuestra clase una mujercita. Yanira ya no era una niña. Tenía quince años y un compañero sexual llamado Rubén. Naturalmente, su familia no lo sabía. Rubén era un estudiante de noveno grado del turno de la mañana, y casi todos sus compañeros tenían entre diecisiete y veinte años. Un día, Yanira le contó a su novio de los guerrilleros que llegaban por las tardes. Él y sus amigos, muy enojados, confrontaron al rechoncho y pequeño director. Por la noche, llegaron a su casa de Rubén hombres vestidos de negro con gorros pasamontañas. Querían “ajusticiarlo” a su manera, pero por pura suerte no lo encontraron. Nunca más volvimos a verlos ni a Rubén ni a Yanira. Supimos que ese mismo día abandonaron el país y se fueron a sufrir a México apenas con doscientos colones, unos veinte dólares, a su nombre. A los seis meses de la partida de Rubén, toda su familia abandonó su hogar. Este era el temor secreto de

cada uno de nosotros: que, si nuestra familia decía algo, nos pasaría lo mismo. A la fuerza nos enseñaron a tomar decisiones que valían la vida de seres tan importantes para nosotros.

Poco después de la llegada de la guerrilla, muchas de las maestras mayores de nuestra escuela nos abandonaron. Durante los siguientes dos años los maestros huirían de nuestra peligrosa y lejana escuela. Nos dejaron en manos de nuevos maestros extraños que llegaron de la capital a nuestro barrio remoto. Observaban a los estudiantes miserables y el entorno peligroso, y a veces solo se quedaban dos semanas. El director Sapo trajo maestros que nunca nos ayudaron en nada. La mayoría de los hombres eran malas personas que se aprovechaban de las niñas. En realidad, no aprendimos nada.

En todo el país comenzó un éxodo de todos los que tenían los medios para salir. Casi todos los alumnos mayores desaparecieron de un día para otro. Las familias de nuestros compañeros desaparecidos no dijeron nada hasta que supieron que sus hijos estaban en un lugar más seguro. Mientras otras familias hacían todo lo posible por mandar a sus hijos a salvo, mis padres nunca hicieron nada. Mis vecinos, personas muy queridas, murieron o se fueron del barrio. Poco a poco se cayó en pedazos, ese lugar tan querido que llevaré siempre en mi corazón.

Vi a los vecinos enojarse por lo que estaba pasando, pero con temor. Nunca se hablaba de la política: era peligroso. Decían que era mejor el verde que azul; esos eran los colores de los partidos políticos. Al día siguiente de las elecciones, Mamá estaba preocupada y mi padre furioso. Unos desconocidos habían rebuscado en las urnas y tirado todas las papeletas a favor del verde. Lo sabíamos porque varios vecinos tenían urnas a su cargo. Si te daban un sueldo y un almuerzo gratis por asumir esta responsabilidad, ¿qué persona hambrienta no lo haría?

Llego un momento que la situación empeoró rápidamente. Nadie tenía el valor de hablar de política. La vida continuó. El tiempo nos llenaba de espanto y tristeza. Los días, aunque

hermosos se sentían feos, ya que a toda hora y todos los caminos se encontraban trocas grandes listas con soldados con el fusil listo para disparar. También tenían pequeños tanques recorriendo nuestras angostas y polvorientas calles. De un día a otro, nuestra vieja tranquilidad se marchó, y reino la incertidumbre del mañana. Se podía sentir en el aire la preocupación de todas las personas del barrio.

Tenía miedo de perder mi vida. Deseaba que mi familia me prestara atención y me dedicaran un momento de su tiempo para escucharme. Pudiera decirles que la escuela me estaba enseñando a odiar, preparándome para luchar en la guerra. Pero nadie quiso oír ni leer la angustia en mi rostro. Solo Dios, el Dueño de mi vida, me miró y escuchó.

Mis compañeros de clase y yo éramos niños. Algunos de los demás quizá tenían aspiraciones, pero yo no. Algunos hablaban de obtener algún día su bachillerato, pero yo ni siquiera pensaba en eso. En casa, mi vida era caótica, y la escuela no parecía ofrecerme muchas esperanzas.

Antes de que comenzara esta crisis, nos comportábamos como niños mientras vivíamos en la pobreza absoluta. A lo largo de mi infancia, dos queridos amigos y yo nos reuníamos en un lugar encantador, una pequeña loma llena de árboles y flores de estación. Allí, en ese prado vacío tirábamos nuestros pensamientos al viento. Declamábamos poemas, a veces inventados y a veces de Alfredo Espino. Al final de cada año, teníamos que aprender de memoria un poema de este gran poeta salvadoreño. Los declamábamos con movimiento de manos y haciendo caras dramáticas. Pues así lo demandaba las maestras. Siempre me gustó ser expresiva. Un año, el poema fue “Los ojos de los bueyes”.

¡Los he visto tan tristes, que me cuesta pensar

cómo siendo tan tristes, nunca puedan llorar!...

Siempre nos hacía llorar.

A través de la poesía, mis amigos y yo logramos olvidarnos de nosotros mismos, mientras el viento se llevaba nuestro dolor, nuestra tristeza y frustración. Para mí, fue la angustia en casa, mi hambre de comida y de conocimiento. Necesitaba que alguien me explicara por qué algunos niños bebían leche, mientras nosotros solo bebíamos agua y miseria. Éramos almas sedientas de amor de familia, de alguien que escuchen nuestro sueño de ser diferentes. Queríamos que nuestros padres nos amen y que puedan creer en nosotros, pero lo único que recibimos fue más frustración.

Mi consuelo llegaba cada octubre con los vientos al final del año escolar. En la pequeña loma recitaba los poemas de Espino y corría libremente por los campos, en medio de nubes enteras de espléndidas mariposas blancas que emigraban en ese tiempo. Corría y corría por la hierba alta con mis delicadas amiguitas. Gritaba, sentía que volaba junto a ellas, contemplando a los seres humanos y su suciedad. ¡Qué hermoso era creer que yo era la primera y la última! Que un día, pronto, tendría alas para despegar del suelo y descubrir que todo era mejor donde volaban mis mariposas. Les hablaba, pero nunca se detuvieron su vuelo para escucharme. Con ellas les mandaba mensajes por si veían el rostro de Dios.

Tuve quizás seis años de enviar mensajes, de ver las mariposas llegar e irse, de volar junto a ellas a la altura de mi cintura de niña, con las alas abiertas al sol y al viento, juntas para siempre. Entonces las cosas cambiaron. El año pasado, cuando busqué mis mariposas, parecían ya no escucharme. Tal vez no hablaba más su lenguaje, o tal vez las mariposas ya no soportaban más mi peso. Me quedé en el suelo observándolas, cómo se les aparecían nubes a nosotros que

estamos en tierra, No volví a ver el sol brillando en sus hermosas alas blancas, delicadas mariposas volando todas juntas, pero tan lejos que mis ojos no pudieron verlas más.

Cuando llegó octubre de 1978, corrí a los campos abiertos de nuevo. Habíamos aprendido un nuevo poema hermoso de Espino llamada “Ascensión”, y quería recitarlo junto a las mariposas.

¡Dos alas!... ¿Quién tuviera dos alas para el vuelo?...

Esta tarde, en la cumbre, casi las he tenido.

Desde aquí veo el mar, tan azul, tan dormido,

que si no fuera un mar, bien sería otro cielo!...

Algo curioso ocurrió entonces, y todavía no logro entender el motivo. Fui a buscar a mis mariposas blancas en nuestra pequeña loma, pero no, nunca volvieron. Yo sabía que emigraban y ese era su paso, pero ¿por qué ya nunca pasaron por aquí? ¡Yo las necesitaba! ¡Eran parte de mi infancia, de mi inocencia!

La serenidad de las mariposas se cambió por el ruido de las bombas cayendo en cerros cercanos, o de helicópteros volando muy bajo. No, nunca volví a ver a mis blancas amigas que me hacían volar a tierras lejanas. Se fueron. Me dejaron y mi alma se hundió en un pozo que cada vez se hacía más profundo.

¿Se habían perdido todos mis mensajes al Creador? ¿Cómo podría sobrevivir, atrapada entre los ejércitos de la izquierda y de la derecha? Pero aquí vivía, con un padre borracho y una madre negligente, en un barrio pobre remoto en las colinas. Nuestro hogar de una sola habitación apenas albergaba a una familia de doce personas. Y yo ¿podría alguna vez volar como las mariposas?